

VIRTUDES CÍVICAS

♦ PABLO NEY FERREIRA

Alguien dijo alguna vez que pretender combatir la corrupción con discursos éticos equivalía mas o menos a procurar apagar un incendio apelando a un pequeño recipiente con agua bendita. Creo que esta afirmación constituye al menos un diagnóstico incompleto. No dudo en absoluto que "solamente" con la ética es imposible combatir y terminar con la corrupción, pero sí afirmo que ésta es importante no sólo para combatir la corrupción sino para generar en los individuos democráticos lo que llamaré virtudes cívicas.

Las virtudes cívicas y su importancia en el desarrollo de la vida de una democracia moderna es el tema que comenzaré a desarrollar en este artículo. No es posible referirse, ni tan siquiera someramente, como es en este caso, a las virtudes cívicas sin mencionar a la tradición de pensamiento republicana, y menos aún a la tradición clásica grecorromana.

Decía Plotino en el tratado segundo de la Eneada primera, que la única manera de pretender asemejarnos a la divinidad era propender sistemáticamente al desarrollo paulatino de las virtudes cívicas; esta afirmación de Plotino no configura un hecho aislado, es sólo un ejemplo de la enorme importancia que le daban los antiguos al tema de las virtudes cívicas en el desarrollo del buen ciudadano y del buen gobierno.

Este tema configura una preocupación absolutamente obsesiva entre los moralistas antiguos, siendo tomado y asumido como propio por toda una tradición de pensamiento político que pasa por el renacimiento italiano, se traslada a Inglaterra en boca de los pensadores republicanos ingleses y llega hasta nosotros a través de la destacada influencia que las revoluciones francesa y norteamericana tuvieron en nuestras jóvenes constituciones post independentistas, y en los entramados institucionales que éstas dieron a luz.

Es cierto que constituyen temas de suma importancia para el buen desarrollo de una democracia, unas buenas reglas de juego, un equilibrio de poderes sensato, un sabio sistema electoral, y unas destacadas garantías legales, entre otras cosas que pasan acertadamente por la dimensión institucional de la democracia. Ahora bien, creo que sin menospreciar a la dimensión institucional en una democracia, Kant estaba en un error cuando afirmaba que con un buen sistema institucional se pueda gobernar sin ningún problema a un pueblo de demonios.

Es precisamente éste uno de los sitios teóricos en donde pone un importante énfasis la tradición de pensamiento político republicana: resulta sin duda muy importante para el desarrollo de una república la persistente defensa y desarrollo de ciertos valores cívicos que posibiliten a los individuos a convivir y activar las condiciones para que la libertad y la autodetermina-

ción no sean palabras con contenidos difusos.

La lista de valores defendidos por el republicanismo es muy extensa y variada, y cambia más o menos de acuerdo a la parte de la tradición que uno decida detenerse a analizar. Se tendieron a exaltar así, a través de la rica historia del republicanismo valores como la igualdad, la simplicidad, la prudencia, la honestidad, la benevolencia, la frugalidad, el patriotismo, la integridad, la sobriedad, la abnegación, la laboriosidad, el amor a la justicia, la generosidad, la nobleza, el coraje, el activismo político, la solidaridad y en general, el compromiso con la suerte de los demás.

Frente a estos valores, los republicanos tendieron a oponer como negativos a la ambición, la avaricia, el egoísmo, la ostentación, la cobardía, el cinismo, el lujo; en general sus críticas estaban destinadas, si bien a la ciudadanía en general, a los gobernantes en particular.

♦ EL EJERCICIO PÚBLICO DE LOS VALORES

La ciudadanía es entendida aún hoy por los filósofos republicanos como Philip Petit como una condición participativa virtuosa y deliberativa propia de individuos democráticos. No alcanza simplemente con que valores como los anteriormente mencionados sean practicados en la oscuridad de la vida privada, sino que deben salir hacia la vida pública y ser desarrollados y compartidos en ellas en constante litigio dialógico con el resto de los ciudadanos, contribuyendo así a elaborar decisiones más justas, más informadas y más compartidas.

Muchos que salvarían su alma como particulares, la pierden como personas públicas. Esta afirmación de Richelieu puede leerse como un desafío, una invitación al individuo moderno para que se manifieste moral y políticamente en la vida pública y no se refugie en su vida privada. La vida para los republicanos debe ser una invitación a la *vita activa* propia de la tradición republicana romana y del renacimiento, y

no una *vita contemplativa* más propia del cristianismo, que tuvo su auge luego de la caída de Roma.

El primer modelo centraba la autorrealización plena del hombre en la vida pública; el segundo, aventado por la tradición cristiana, cifraba la valía de la persona en el ámbito íntimo.

Con el correr de los siglos, la tradición liberal, nucleada en

tudes que el individuo democrático debería poseer y desempeñar no es tarea sencilla: para Homero, la virtud es una cualidad por la cual el individuo desempeña bien su papel social; para Aristóteles o Tomás de Aquino, la virtud es la cualidad que permite que el individuo progrese hacia el logro del fin específico humano; para Benjamín Franklin, la virtud es una



torno del individuo poseedor y no del ciudadano participante y comprometido, se desarrolla en paralelo al republicanismo, apuntando sus baterías a crear y sostener la idea de un individuo autónomo, consumidor y relegado en su vida privada, debilitando así a una tradición que sostenía y sostiene que es posible que el individuo trascienda la intimidad hogareña para instalar sus preocupaciones y sus juicios en un ambiente deliberativo y compartido más propio del ámbito

público, e identificado plenamente con una noción fuerte de democracia.

Identificar cuales son las vir-

cualidad útil para conseguir el éxito terrenal, y celestial, y así sucesivamente podríamos encontrar centenares de definiciones más o menos precisas de las virtudes que los individuos deberían desarrollar en la vida en sociedad, y que los diferencia cualitativamente de un súbdito.

El problema consiste en que el individuo es un ser moral, y la vida humana es como diría Aranguren, constitutivamente moral, ya que está por constituirse, no se nos da ya formada, y es delineada por actitudes y decisiones en las que nuestra identidad moral juega un espacio importante. Pero como vivimos en una sociedad esencialmente plural, los espacios de mi moralidad están acotados por los diferentes espacios de individuos que coexisten conmigo en permanente diálogo o en conflicto, pero a los que me es

imposible ignorar.

♦ LA PRIVATIZACIÓN DE LA VIDA

Que no es posible reeditar la ciudad griega es perfectamente cierto. La vida posmoderna es infinitamente más compleja, amplia, diversa, conflictiva que en las épocas en que Pericles se dirigía a la asamblea de ciudadanos. Hoy ya no es posible, y me atrevo a decir que tampoco es deseable identificar un modelo político o social que uniformice las creencias y los gustos de los individuos en una idea de la vida buena.

La privatización de la vida del individuo que el individualismo liberal ha traído consigo; la notoria ausencia del ciudadano de las actividades públicas o partidarias, ha producido un claro decaimiento de la vida pública.

El individuo liberal, quiéralo o no, se encuentra sometido a los imperativos de una legislación positiva, a las reglamentaciones de una administración pública, a las decisiones de un gobierno, etc. y además recibe los servicios de un Estado, encontrándose también con varios problemas y carencias que sólo pueden ser resueltos colectivamente, fundamentalmente a través de la política. El ciudadano democrático no debería estar ausente de estos problemas so pena de vaciar de contenido público y de legitimidad social a las decisiones políticas, las que quedarían solamente legitimadas por el acto de votar cada algún tiempo regular.

El individualismo es una conquista de la modernidad —en palabras de Victoria Camps— paralela a la conquista de la libertad y a la proclamación de unos derechos humanos que son, en definitiva, derechos individuales. Las virtudes son cualidades, modos de ser que pertenecen y se cultivan en el individuo, pero que necesariamente tienen una proyección pública porque están dirigidos hacia los demás.

Aunque el orden económico liberal favorezca el afán adquisitivo y los valores propios del mercado, como valores supremos, aunque las sociedades democráticas sean un suelo propicio para que el individuo pueda concentrarse en la contemplación de sí mismo, pese a todo, el individualismo no tiene por qué estar reñido con el descubrimiento y la apertura al otro.

Las virtudes cívicas propias del sujeto político democrático de la antigüedad no deben ser meramente objeto de historiadores de las ideas más o menos avezados en la lectura crítica de los moralistas antiguos, sino que creo que el pensamiento moral clásico, y específicamente las virtudes que presuntamente caracterizaban al sujeto democrático antiguo merecen una lectura renovada y un lugar privilegiado ante el tan nombrado y evidente decaimiento de la vida pública. ♦

Pablo Ney Ferreira es candidato a Doctor en Ciencia Política, Universidad Complutense de Madrid

Kant erraba al decir que con un buen sistema institucional se puede gobernar a un pueblo de demonios